

los medios para hacer un cuarto viaje que, según creía, entraría positivamente a España, país al que hasta entonces le había servido tan sin recompensa. Esta vez descubrió la isla Guanabara. Siguió las costas de Honduras, Nicaragua y Panamá. Desembarcó en Veraguas, y halló las ricas minas de oro de estas regiones; trató de establecer una colonia en el río Belén; pero, cuando se levantó una tormenta fueron dispersados sus buques y se vió en la necesidad de hacer vela hacia Santo Domingo para componerlos. Ya estaba muy viejo y gastado por la fatiga y los sufrimientos. Se hallaba enfermo y agobiado cuando se amotinaron sus marineros y trataron de asesinarle. No pudo resistir, pues no tenía uno solo que le ayudara. Mas de pronto se vió tierra, y entró salvo en Santo Domingo.

Al poco tiempo se hizo a la vela para España. Fué su último viaje. Tenía entonces unos setenta años. Después de su larga peregrinación de infortunio, contentóse con poder volver a su fin a España. Esperaba alguna recompensa, siquiera fuese lo suficiente para poder asegurar su subsistencia. Pero fueron vanos sus reclamos. Vivió aún algunos meses después de su regreso, pobre, aislado y herido de una enfermedad mortal. Hasta la proximidad de su muerte apenas era más que un mendigo haraposo. Vióse obligado a quejarse de que su casaca le había sido robada y vendida, que no tenía hogar propio y que carecía de lo necesario para pagar la cuenta de su hospedaje. Entonces, cuando faltó de alimento pronunció estas palabras, sublimes en su conmovedora sencillez: «Yo, natural de Génova, descubrí en el lejano occidente el continente de islas de la India.» Murió en Valladolid el 20 de mayo de 1506, siendo sus últimas palabras: «Señor, en tus manos entrego mi espíritu.» Así murió un gran mártir del descubrimiento. Su derrota fué una victoria. Combatió noblemente, y murió con firmeza.

Algunos hombres se hallan prontos a entregarse generalmente a la prosecución de un gran propósito. Los mártires, los descubridores, los inventores de los primeros tiempos, los exploradores de la civilización—todos aquellos que laboran por la verdad, la religión, el patriotismo—son la esperanza desamparada de la humanidad. Viven, trabajan y mueren sin la menor esperanza de recompensa personal. Para ellos es suficiente saber cuál es el trabajo, y el ejecutarlo con la práctica del poder moral. El hombre enérgico y genial es guiado por su concepción de las más amplias y elevadas tendencias. Puede ser contrariado y desanimado; las dificultades podrán rodearle; pero está sostenido por un valor invencible, y si muere, deja tras de sí un nombre que todo el mundo venera. La muerte ha hecho fructificar su vida, cuyos frutos han sido recogidos por los demás. «Cuan-

Dios permite que perezcan sus ministros por su Evangelio—dijo Brousson—, predicán más alto desde sus sepulcros, de lo que hicieron durante sus vidas.» «Aquello que sembramos—dijo Jeremías Taylor—en los momentos e instantes desocupados de algunos pocos años, crece en coronas y cetros en una eternidad gloriosa y llena de ventura.»

La dificultad y el sufrimiento, ¿no son necesarios para evocar las más elevadas formas del carácter, de la energía y del genio? En todo destino entran el esfuerzo y el sufrimiento, el combate y la sumisión, la energía y la paciencia. Hay una virtud en el sufrimiento pasivo que a menudo es más grande que la gloria del éxito. Padece, sufre y sobrelleva, y sin embargo, aún tiene esperanza. Sale al encuentro de las dificultades con una sonrisa, y se esfuerza por permanecer erguido bajo las más pesadas cargas. El sufrimiento, llevado con paciencia, es uno de los más nobles atributos del hombre. En esa cualidad hay algo de tan noble, que lo eleva a las más altas regiones del heroísmo. Milton ha dicho: «Quien mejor puede sufrir, puede obrar mejor.»

Es un error creer que pueda haber una época en que no haya demanda de virtud heroica, o que las épocas de los mártires, o los tiempos de las luchas a muerte contra la tiranía son los únicos que necesitan practicar esta virtud. Resistir al curso diario de una generación que ha perdido el sentido del alto destino del hombre, y permitido que el placer usurpe el puesto del deber, puede exigir tanto heroísmo real como el que se necesita para resistir el despotismo, o mirar de frente al hacha del verdugo.

Aun en la guerra es el sufrimiento una virtud tan elevada como el valor; y ahora que la guerra se ha hecho científica, ha ocupado el sufrimiento el puesto más elevado. El soldado bien disciplinado tiene que mantenerse de pie en el lugar que se le ha designado. «¡Firmes!» es la orden. Hace frente al peligro sin moverse, mientras que las balas esparcen la muerte en torno suyo. Cuando avanza, tiene aún que sufrir. No puede hacer fuego hasta que se ha dado la voz de mando. Llega entonces la carga. Mas, no es solamente en la acción donde el sufrimiento es mayor, lo es en la retirada necesaria quizá por la derrota. Mirada desde este punto de vista, la retirada de los diez mil de Jenofonte brilla más que las conquistas de Alejandro; y la retirada de sir Juan Moore a la Coruña, fué tan grande como las victorias de Wellington.

Hay muchos hombres que sufrieron el martirio en defensa de su país. Hay en Francia una historia antigua que a la verdad es una historia antigua en todas partes. «Es una vergüenza—ha-

dicho Clovis—al ver los ricos campos del otro lado del Garo que esos territorios pertenezcan a villanos que tienen un carácter diferente del nuestro. ¡Adelante! ¡tomemos posesión de país!»

Cuando Jerjes emprendió la conquista de Grecia, mandó a Leónidas con trescientos hombres al paso de las Termópilas, para resistir el inmenso ejército persa. Tuvo lugar un feroz combate; gran número de invasores sucumbieron. Leónidas y su pequeña hueste de héroes fueron destruidos, pero Grecia salvó.

No menos valeroso que Leónidas fué Judas Macabeo, el Martillador. Fundando toda su débil esperanza en sus pocos cientos de hombres resistió el ataque de veinte mil sirios que habían invadido la Tierra Santa. Judas hizo pie en Eleasabete y sus compañeros intentaron persuadirle que se retirase. «Dios no quiere que yo tenga que huir de ellos. Si ha llegado nuestra hora, muramos virilmente por nuestros hermanos, manchemos nuestra honra.» La batalla fué reñida y feroz; Judas y sus hombres combatieron valerosamente, y fueron muertos desde el primero hasta el último, con la cara hacia el enemigo. No murieron en vano. Los judíos recobraron su energía, rechazaron al invasor, el templo fué reedificado, y la Judía volvió a ser el país más próspero de Oriente.

Los romanos conocían de igual modo el valor del heroísmo y el sacrificio en favor de su país. Pero hablemos de los tiempos modernos. Pequeños países, de población relativamente pequeña, han conseguido mantener y conservar sus libertades a despecho de inmensas dificultades. No es el tamaño de un país, sino el carácter de su pueblo, lo que le da su valor genuino. Veis a los hombres que están incesantemente pidiendo libertad, pero nada hacen para merecerla. Permanecen inertes, desidia y egoístas. Hay un llamado patriotismo que no tiene más dignidad en sí que el aullar de los lobos. El verdadero patriotismo es de otra clase. Está basado sobre la honradez, la veracidad, la generosidad, la abnegación y el verdadero amor de la libertad.

Ved, por ejemplo, a la pequeña República Suiza, que por centenares de años ha sido estrechada por gobiernos despóticos. Pero sus habitantes son valientes, sobrios, honrados, y se ayudan a sí mismos. Eligieron sus representantes, como en Appenzel, elevando las manos en los mercados públicos, como señal de votación. Proclamaron la libertad de conciencia, y Suiza, a semejanza de Inglaterra, ha sido siempre el refugio de los perseguidos por causa de conciencia.

No fué sin pasar por penosas luchas cómo Suiza conquistó su independencia. Los jefes de estos hombres valientes se

crificaron por el bien de su patria. Ved, por ejemplo, el caso de Arnoldo Winkelried. En 1481 invadieron los austriacos la Suiza, y un número de ciudadanos relativamente pequeño decidió hacerles frente. Cerca del pueblo de Sempach se vió que los austriacos avanzaban en un cuerpo sólidamente compacto, presentando una línea unida de lanzas. Los suizos les salieron al encuentro, mas sus lanzas eran más cortas, y siendo mucho menor en número, se vieron obligados a ceder. Al observar esto, Arnoldo de Winkelried, viendo que todos los esfuerzos de los suizos para romper las filas enemigas habían sido estériles, gritó a sus compatriotas: «¡Voy a abrir una senda para la libertad! Proteged, queridos camaradas, a mi mujer y a mis hijos.» Se arrojó contra el enemigo, y abrazando tantas lanzas como podía abarcar, las enterró en su pecho. Cayó, pero se había abierto una brecha, y los suizos se lanzaron por ella y consiguieron una victoria grandísima. Arnoldo de Winkelried murió, pero salvó a su país. La pequeña República de las montañas conservó su libertad. La batalla se efectuó el 9 de julio, y hasta hoy día se reúne el pueblo anualmente para celebrar el haberse librado de los austriacos, triunfo obtenido por el sacrificio voluntario de su caudillo.

Pero la mujer suiza puede ser tan valiente como el hombre. Las mujeres arrostran el peligro moral y físico con un valor igual al de los hombres más valientes. Son preeminentes en el sufrimiento constante, y a veces son iguales a los hombres en el valor necesario para hacer frente al peligro repentino y violento. El adagio lo dice: «los valientes son hijos e hijas de los valientes, sencillamente porque son criados por los valientes y se hallan inspirados con su ejemplo.»

En 1662, casi doscientos años después de la batalla de Sempach, quiso el Emperador de Austria hacerse dueño de los Grisones, para acabar con la religión protestante y desterrar a sus sacerdotes. Su ejército apareció primero en el valle de Pretigau. El valle está encerrado por montañas elevadas. Es rico en pastos y hasta goza de renombre por su buen ganado. Los hombres se hallaban en las crestas de los montes cuidando sus ganados y majadas. Sólo las mujeres habían quedado; y en cuanto oyeron la aproximación de los austriacos entre Klosters y Lauquart, se apoderaron de las armas de sus maridos, picas, guadañas y chuzos, y se precipitaron a su encuentro. Hay parajes en Suiza donde unos cuantos hombres o mujeres bien armados pueden rechazar a mil. Las mujeres triunfaron, con la ayuda de piedras arrojadas desde las cumbres sobre el enemigo. Los austriacos fueron rechazados. Huelga decir que los hombres eran tan valientes como las mujeres. ¡Poco tiempo después fué asaltado y

tomado el castillo de Castel, frente a Fideris, por los campesinos armados solamente con garrotes! Por efecto de la valerosa defensa de las mujeres, continúa siendo una regla establecida en el valle, que las mujeres entran primero para recibir la coronación, luego siguen los hombres.

Tales son los hombres y las mujeres que veneran los suizos: Tell, el intrépido ballestero, Winkelried, el lancero. Aunque el primero pertenece tal vez a la tradición (1), es el segundo el hombre de historia. La casa en que vivía se ve aún en Staen en Unterwalden; su cota de malla se halla todavía en el thaus; y una estatua le ha sido levantada en la plaza pública con el haz de lanzas en sus brazos.

Hace unos cinco siglos que sufrió Inglaterra una derrota atroz en el Norte, que más tarde se vió haber sido uno de los más grandes beneficios. Escocia era pobre, componiéndose principalmente de montañas y de ciénagas. No tenía la cuarta parte de la actual población de Londres (2). Los habitantes vivían muy aislados. El país estaba inmediato a Inglaterra, hallándose siempre abierto a la invasión. No estaba protegido como Irlanda, por un canal marítimo ancho y profundo. Por otra parte no era una nación unida, ni eran sus habitantes de la misma raza. En el Norte y el Oeste estaban los celtas o *highlanders*; en el Sud y el Este habitaban los descendientes de los sajones, los anglicanos y los normandos. Los clanes del Highland guerreaban entre sí. No auxiliaban en nada a los *lowlanders* en sus guerras por la libertad. Roberto Bruce casi fué muerto por Macdougall en su huida a través de Lorne.

Wallace precedió a Bruce. El Lowland fué conquistado por Eduardo I. Todas sus plazas fuertes se hallaban en manos de los ingleses. Wallace se esforzaba por levantar el espíritu del patriotismo en los condados del Oeste. No obstante ser un hombre de gran valor personal, no era un gran guerrero. Nunca pudo levantar un número suficiente de hombres para dar una batalla campal. Fué derrotado en Falkirk. Verdaderamente, fué un hombre que fracasó. En esa época, era la desamparada esperanza de Escocia. Con todo, su fe en el porvenir de su país sostuvo el espíritu nacional mucho más que los mismos triunfos de su sucesor, Roberto Bruce. Al fin fué vendido Wallace, y entregado a los ingleses. Se le condujo a Londres, y la víspera de San Bartolomé, fué conducido en un trineo desde la Torre hasta Smithfield, donde fué colgado, y descuartizado estando aún vivo. De este modo murió el mártir de la libertad. No fué in-

(1) Hay varios Tell: uno dinamarqués, otro de Finlandia y otro suizo. Hay uno en Oriente. La Leyenda de Tell es, probablemente, un mito indio.
(2) La población de Escocia en los tiempos de la Unión, en 1700, sólo era de un millón de habitantes.

su vida. Inspiró a sus compatriotas el amor a la libertad, y llegó a ser un ejemplo en que pudieron seguir con éxito su ejemplo.

Roberto Bruce descendía de un normando. Era medio inglés y medio escocés, y por su madre, tenía derecho a la corona de Escocia. Después de muchas aventuras atrevidas y de rudos peligros sostenidos por una conciencia enérgica y perseverante, y un amor ardiente por la libertad, consiguió Bruce reunir un ejército patriota, con el cual pudo hacer frente a los ingleses en Bannockburn, en 1314. Antes que empezara la batalla, se arrodilló para rezar el ejército escocés. Eduardo II estaba mirándolo. Volvióse hacia su caballero favorito, y le dijo: «¡Argentine, los rebeldes ceden! ¡Piden gracia!—Es cierto, señor—respondió—, pero no a vos.» La batalla terminó no solamente en una victoria, sino con una derrota.

Los embajadores ingleses en la corte del Papa indujeron a Juan XXII a que excomulgara a Roberto Bruce, y que pusiera a su reina bajo un entredicho eclesiástico. Al entredicho se le opuso un heroico parlamento que se efectuó en Arbroath en 1320. Ocho condes y veintiún nobles pusieron sus nombres en una carta del parlamento al Papa, la cual, por los principios que sostenía, era digna de cualquier documento de la historia europea. En ella se solicitaba del Papa que exigiese al rey inglés que respetara la independencia de Escocia y que se ocupara en sus propios asuntos. «Mientras queden con vida cien de nosotros—dicen los firmantes—, nunca y por ningún sentido queremos ser sometidos a los ingleses. No es por la gloria, ni las riquezas, ni los honores, por lo que combatimos, sino solamente por la libertad, que ningún hombre bueno pierde sino con su vida» (1).

Aunque se sucedieron numerosas guerras, y aunque se hicieron algunas tentativas por parte de la nación más fuerte para imponer nuevas formas de religión sobre la nación más débil, el resultado fué constantemente el mismo. La historia de Escocia ha sido una protesta perpetua contra el despotismo. Su lección es, primero, el poder del individualismo, y después los derechos de la conciencia. Hubo otra gran derrota que sufrió Inglaterra por esa misma época, la cual, aunque mirada como deplorable, resultó, sin embargo, ser un beneficio tan grande como el de Bannockburn. Fué el sitio de Orleans, del cual dice el doctor Arnold que constituyó uno de los casos decisivos en la historia de una nación (2). Los ingleses recorrían toda la Francia. Ha-

(1) *Border History and Poetry*, por el profesor Veith; página 277.
(2) He aquí las palabras del doctor Arnold (*Vida y cartas*, por el deán Stanley): «El sitio de Orleans constituye uno de los casos decisivos en la historia de las naciones. Si se hubiera establecido el dominio inglés en Francia, ningún hombre puede decir cuál habría sido la consecuencia para Inglaterra, que tal vez hubiera llegado a ser una»

bían ganado muchas batallas; habían hecho su entrada en París y estaban sitiando a Orleáns. Francia se encontraba en un estado deplorable. Los principales nobles abandonaron al rey, Carlos VII, y cada uno se esforzaba para crearse una pequeña soberanía propia. Las ciudades se entregaban sin oponer resistencia alguna. Los impuestos se cobraban a la fuerza, y hasta el mismo rey apenas tenía con qué vivir de ellos, y mucho menos con qué mantener su ejército. El pueblo había perdido la confianza en el rey y en sus nobles, y anhelaba que Dios hiciera algo para redimir al país.

¡Hecho extraño! ¡cómo una pequeña circunstancia puede cambiar los destinos de una nación! Fué una mujer, una campesina joven, que hilaba y tejía en su casa y cuidaba del ganado en el campo, la que salió en auxilio de Francia. Juana de Arco había nacido en la villa Domremy, en Lorena. Era sencilla, virtuosa y religiosa. Dotada de temperamento nervioso, soñaba con su estado de exaltación, y oía palabras solemnes que se le dirigían. Se le dijo que «fuera en auxilio del rey de Francia», y ella afirmó «que restauraría su reino». El capitán Bacdicourt, que fué informado de sus designios, creyó al principio que estaba loca. Al fin se impresionó tanto con su anhelo, que ofreció proporcionarle una escolta de hombres armados, y llevarla hasta donde se hallaba el rey. Viajó a través de ciento cincuenta millas de un país ocupado por los ingleses, y por fin llegó en salvo hasta el rey y la corte.

El rey no deseaba otra cosa que un auxilio cualquiera, importándole poco de dónde viniera. Los obispos y sacerdotes creyeron bruja e inspirada por el diablo. No obstante esto, la llevó al rey a Orleáns, y ella llegó a la ciudad sitiada. Los ingleses ya empezaban a desanimarse. Habían permanecido delante de Orleáns durante el invierno, y sus tropas disminuían rápidamente. Después de la muerte del conde de Salisbury, habían abandonado el campo muchos de los hombres de armas que allí habían alistado. Los borgoñones, que estaban aliados a los ingleses, fueron llamados por su duque. Sólo quedaban de dos a tres mil hombres de tropas inglesas, y éstos se hallaban distribuidos en una docena de castillejos, entre los cuales no había enlace. «Al leer— dice Michelet—la formidable lista de capitanes que

dependencia de Francia. Tan poco depende la prosperidad del pueblo del éxito en la guerra, que, dos de las mayores derrotas que jamás hayamos sufrido, han sido los dos mayores beneficios: Orleáns y Bannockburn. Es curioso, igualmente, que en el reinado de Eduardo II resultó ser una maldición la victoria obtenida sobre los irlandeses en Athunree, así como nuestra derrota por los escoceses se ha convertido en un beneficio. Si los irlandeses hubieran quedado independientes, podían luego haberse dado a nosotros como Escocia, y si Escocia hubiera sido sometida, habría sido para nosotros otra maldición como Irlanda.»

se arrojaron sobre la ciudad con sus fuerzas, no parece en definitiva tan milagrosa la salvación de Orleáns.»

Juana de Arco iba a la cabeza del ataque contra los ingleses en los castillejos. Fueron arrojados de ellos, aunque en el asalto del último (*el de Tournelles*), fué herida la doncella. Mas no se sentía ella satisfecha con haber hecho levantar el sitio de Orleáns. Los ingleses tenían que ser expulsados del país. El ejército, bajo su dirección, siguió al enemigo a Patay, donde otra vez volvieron a ser derrotados. Después tuvo efecto la coronación de Carlos VII en Reims, como lo había predicho. «La originalidad de la doncella—escribe Michelet—, el secreto de su éxito, no era su valor o sus visiones, sino un buen sentido. Al llevar a Carlos VII directamente a Reims y hacerlo coronar, ganaba sobre los ingleses la resolución de su coronación.»

Había realizado y llevado a efecto lo que se había propuesto hacer; ahora deseaba regresar a casa de sus padres y a sus rebaños. Pero el rey negó su permiso. Había visto cómo Juana había traído de nuevo el éxito a las filas del ejército francés. Por eso quería su presencia entre los soldados. Desde aquel instante ya no tenía en sí la misma confianza; se sentía irresoluta e intranquila, y aunque siguió combatiendo, fué sin resultados decisivos.

Habiéndose coligado otra vez los ingleses y los borgoñones, pusieron sitio a Compiègne, en el río Oise. Ya se habían declarado los ciudadanos a favor de Carlos VII, y la doncella entró inmediatamente en la plaza. En el mismo día se puso al frente de una salida, y casi había sorprendido a los sitiadores, pero fué rechazada hasta las puertas de la ciudad, donde rodeáronla los franceses (borgoñones), arrancada de su caballo y reducida a prisión. Fué entregada por sus compatriotas a los ingleses, quienes la entregaron a la Inquisición de Rouen para ser juzgada. Presidía el vicario, y ayudábanlo el obispo de Beauvais, el obispo de Lisieux y otros sacerdotes franceses. Estevev, uno de los canónigos de Beauvais, fué nombrado fiscal de la causa.

El soberano, Carlos VII, que debía su trono al valor de la joven entusiasta, no hizo nada para salvarla. La Sorbona, el gran tribunal teológico, fué consultado, y decidió que «la muchacha era completamente del demonio», y que debía ser tratada conforme a ello. Los borgoñones franceses no protestaron contra el castigo espantoso que iba a recibir. El procedimiento habitual en aquellos tiempos era quemar a todas las brujas y hechiceras poseídas por el demonio, y Juana de Arco fué sentenciada a ser quemada viva. Su martirio se efectuó en Rouen, en el sitio conocido ahora por Plaza de la Doncella, no muy distante de la calle del Havre, donde se ha erigido una estatua a su memoria.

«Ha habido mártires—dice Michelet—; la historia ostenta un sinnúmero, más o menos gloriosos. El orgullo ha tenido mártires, asimismo lo han tenido el odio y el espíritu de conversia. Ninguna época ha habido sin mártires militantes, que, sin duda alguna, murieron de buen grado cuando ya no podían matar... Esas inclinaciones no son aplicables a nuestro siglo. La santa joven no es de éstos; tenía un signo propio: la bondad, la caridad, la dulzura del alma. Poseía la dulzura de los antiguos mártires, pero con una diferencia: Los primeros cristianos sólo permanecieron puros evitando la acción, privándose de las luchas y pruebas del mundo. Juana era benévola en los más rudos combates; buena entre los malos; pacífica en la misma guerra; llevó a la guerra el espíritu de Dios» (1).

El pueblo francés no ha olvidado a Juana de Arco. Muchas estatuas han sido erigidas a su memoria. Ha sido un objeto de veneración de una generación a otra entre los soldados franceses. Siempre que un regimiento marcha por Domremy, hacen alto los soldados y presentan las armas en honor del lugar de su nacimiento. Es conmovedor saber que la costumbre ha sobrevivido de tal modo, y que la memoria de la heroína virgen es conservada fresca en el país a que sirvió con tanta fidelidad.

(1) Michelet, *Hist. de France*, lib. VIII, cap. 3.

CAPITULO VI

SUFRIMIENTO HASTA EL FIN—SAVONAROLA

Love masters agony; the soul tha seemed
Forsaken feels her present God again,
And in her present God again,
Contended dies away.—KEBLE (1).

Better a death when work is done,
Than earth's most favoured birth.
JORGES MACDONALD (2).

'Tis not the whole of life to live,
Nor all of death to die.—HYMNAL (3).

Do you ask me in general what will be
the end of the conflict? I answer, Victory.
But is you ask me in particular, I answer,
Death.—SAVONAROLA (4).

Ocupémonos nuevamente en algunos de los grandes héroes mártires de Italia, de Arnolfo de Brescia, Dante y Savonarola. Poco después de la caída del Imperio romano, volvieron a obtener ascendencia las influencias más bajas de la naturaleza hu-

mana
que la
fizó l
«¿Qu
mant
meno
nunca
y la c
su co

Página C... la oración, ... de

La corrupción y la frivolidad en las personas de alta posición, jamás dejan de ejercer una influencia perniciosa sobre la condición de la sociedad. Se extiende a las clases inferiores, haciéndose todos igualmente viciosos. Italia se hallaba entregada a la lujuria y a la frivolidad en las clases elevadas, mientras que la

(1) El amor triunfa de la agonía; el alma que parecía abandonada siente otra vez su Dios, y en los brazos de su padre feneció contenta.—KEBLE.

(2) Es preferible la muerte cuando ha finalizado el trabajo, al nacimiento más favorecido del mundo.—JORGES MACDONALD.

(3) Todo en la vida no es vivir, ni todo en la muerte es morir.—Del libro de los himnos.

(4) Me preguntáis en general, cuál será el final del conflicto. Yo respondo: la victoria. Pero, si me lo preguntáis en particular, os contestaré: la muerte.—SAVONAROLA.